

San Juan Crisóstomo

Homilía XLII

No hay cosa peor que la envidia y la malquerencia, ni más funesta que la vanagloria, la cual suele echar a perder innumerables bienes. De ahí que los judíos, teniendo mayor conocimiento que los samaritanos, y educados a una con los profetas, quedaron postergados a aquellos. Los samaritanos, en efecto, creyeron por el testimonio de la mujer, y sin haber visto milagro alguno, salieron a rogar a Cristo que se quedara con ellos: mas los judíos, aún después de haber visto milagros, no sólo no le detenían, sino que le expulsaban y no dejaban medio alguno de echarle fuera de su región; ¡y eso que su misma venida fue por ellos. En fin, aquellos le expulsaban, y éstos le rogaban que permaneciera con ellos. Pues bien ¿era inconveniente que se acercase a los que se lo rogaban, y no lo era que estuviera asiduamente con los que le acechaban y ofendían, negándose a los que le amaban y le querían detener consigo?- No fuera eso digno de su providencia. Por eso accedió y permaneció con ellos dos días. Ellos, a la verdad, quisieran que se quedara para siempre, como lo dio a entender el Evangelista, al decir: *Le rogaban que se quedase con ellos*; mas El no lo quiso, sino que permaneció dos días, durante los cuales *muchos más creyeron en El*. Y eso que no era verosímil que ellos creyesen. ya por no haber visto milagro alguno, ya por ser enemigos de los judíos; y, sin embargo, porque apreciaron en su justo valor sus palabras, nada de esto le estorbó, antes concibieron de él una idea superior a aquellos obstáculos, y a porfía le admiraban a cuál más. Porque, *Decían a la mujer: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías*. Estos discípulos sobrepujaron a su maestra. Bien podían ellos acusar a los judíos, pues habían creído y le habían recibido. En efecto, los judíos. por quienes había emprendido todas estas obras, continuamente le apedreaban; y en tanto éstos le atraen, cuando El no se dirigía a ellos. Los judíos, a pesar de los milagros, permanecen incorregibles: y éstos sin milagros dan muestras de gran fe. y aun tienen a honra el creer sin milagros: mientras aquellos no cesan de buscarlos y tentarle, ¡Tan necesario es siempre tener el ánimo bien dispuesto! Si así le halla la verdad, se apodera de él: y si no se apodera no es por debilidad suya, sino por terquedad del ánimo. Como el sol, cuando da en ajos limpios, los ilumina: y si no lo hace, será enfermedad de ellos que no ineficacia propia.

Oye, pues, lo que ellos dicen: *Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías. ¿Ves cuán presto conocieron que iba a atraer en pos de sí todo el mundo, y que había venido a obrar la salvación de todos, y que no había de circunscribir su providencia a los judíos, sino diseminar su predicación por toda la tierra? Más no así los judíos; antes, tratando de establecer su propia justificación, perdieron la de Dios (Rom., X, 3). Pero éstos confiesan hallarse todos culpables, manifestando la sentencia del Apóstol: Todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios, siendo justificados de balde por su gracia (Rom., 11, 23, 24)*. Porque al decir que es Salvador

del mundo claramente dicen que estaba perdido. Y no le llaman Salvador comoquiera, no en lo más importante; pues hubo muchos salvadores, profetas y ángeles; pero éste es, dicen, el verdadero Salvador, el que proporciona la verdadera salud, y no tan sólo la temporal. Esta sí que era sincera fe. Admirables son por ambos conceptos: porque creyeron, y porque creyeron sin milagros. A los tales el mismo Cristo llama bienaventurados, diciendo: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* (Ioan. XX. 29). Y que creyeron sinceramente, se ve por aquí; que habiendo oído a la mujer hablar con ambigüedad: *¿Acaso éste será el Mesías?* (Ioan. 1, 20) No dijeron: también nosotros sospechamos, o pensamos, sino: *Sabemos*; y no sólo esto, sino: *que éste es verdaderamente el Salvador del mundo*. Pues no confesaban al Mesías como a uno de la multitud, sino como al verdadero Salvador del mundo.

Ahora bien: ¿a quién habían visto salvado por El? Tan sólo palabras oyeron, y hablaron, con todo, como si hubieran visto muchos y grandes milagros. Y ¿por qué los Evangelistas no nos cuentan estas palabras (de Cristo), y que les habló maravillosamente? Para que entiendas que pasan por alto muchas cosas de importancia; pero por el fin lo dieron a entender todo. Pues persuadió con sus palabras a todo el pueblo y a toda la ciudad. Pero cuando los oyentes no se rinden entonces se ven precisados (los Evangelistas) a dar cuenta de las palabras dichas, para que nadie por la ingratitud de los oyentes de su fallo contra el que les habla.

Y después de dos días salió de allí y se fue a Galilea. Porque el mismo Cristo testificó que un profeta no tiene estima en su propia patria. ¿Por qué se añade esta cláusula?- Porque *no fue a Cafarnaúm, sino a Galilea, y de allí a Caná*. Pues a fin de que no inquieras por qué no permaneció con los suyos, y. en cambio, se quedó con los samaritanos, añadió la causa diciendo que no le entendían. Por eso no fue a ellos para que no fuera mayor su condenación.

Y, en efecto, soy de parecer que aquí llama patria suya a Cafarnaúm. Y que allí no tuvo estimación, óyeselo decir al mismo: *Y tu Cafarnaúm. la que has sido sublimada hasta el cielo, hasta el infierno serás hundida* (Luc., X, 15). Por lo demás, la llama su patria, dando a entender la traza de su Encarnación, y por haber morado en ella por la mayor parte. Pues ¿cómo?, dirás. ¿No vemos a muchos admirados aun entre los suyos?— Pero no se debe juzgar de las cosas por lo que rara veces ocurre. Y si algunos fueron honrados en su patria, mucho más en la ajena; porque la costumbre engendra menosprecio. Y *habiendo venido a Galilea, le recibieron los galileos, como quienes habían visto todas las cosas que hizo en Jerusalén en la fiesta: porque habían acudido a la fiesta. ¿Ves cómo los que tenían mala fama son los que principalmente acuden a El? Porque el uno decía: ¿De Nazaret puede salir algo bueno?* (Juan., 1. 47). Y el otro: *Averigua y ve que de Galilea se levanta ningún profeta* (Ioan., VII, 52). Y esto lo decían por afrentarle, pues la mayor parte le creía de Nazaret, y además le echaban en cara que era samaritano: *Samaritano eres, decían, y demonio tienes* (Jo., VIII. 48). Más he aquí que los samaritanos creen, para vergüenza de los judíos. Y aun se halla a los samaritanos mejores que los judíos: pues aquellos le recibieron por las palabras de la mujer, más los judíos porque vieron los milagros que

hizo. Fue, pues, de nuevo Jesús a Caná de Galilea, donde había convenido el agua en vino. Recuerda a los oyentes el milagro, para más enaltecer a los samaritanos, ya que aquellos le recibieron por los milagros, hechos en Jerusalén y entre ellos, y los samaritanos no así, sino tan sólo por la doctrina.

(...)

Y el que tan sólo en tiempos de paz le da culto, no da grandes indicios de amor, ni ama puramente a Cristo. Y ¿qué hablo yo de salud y abundancia de riquezas o enfermedad y pobreza? Aunque oigas nombrar el infierno u otra cosa terrible, ni aun por eso debes desistir de alabar al Señor, antes sufrirlo y tolerarlo todo por amor de El. Pues esto es de siervos de buena índole y de ánimos que no se tuercen. Quien tenga estos sentimientos, con facilidad sufrirá los males presentes y alcanzará los bienes venideros, y gozará de gran confianza con Dios: ¡ojala todos nosotros la obtengamos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

(San Juan Crisóstomo, *Homilías exegéticas del evangelio de San Juan*, Ed. Apostolado Mariano, Sevilla, nº 28, 1991, Pág. 48-53)